

la de Meaux, ni sea polemista de tamaño rumbo, y esté algo menos empolvado en el conocimiento de si se puede subir hasta el sol ó bajar hasta el fa la cuarta cuerda del instrumento

¿Verdad que el señor Deán dió una lección que vale un Perú á los recomendadores de oficio, que son capaces de recomendar para maestros de las más sublimes y abstrusas matemáticas á sujetos de quien sólo pueden alegar que son buenos hijos, buenos padres ó buenos amigos?

Villa de Zapopan, 7 de agosto de 1900.

EL MIEDO ES NATURAL

EN EL PRUDENTE

S hay un hombre generoso con sus amigos, leal en sus tratos, partido con los extraños, idólatra de los suyos, honrado, servicial, atento y solícito para todo el mundo, ese hombre de seguro lo es don Eustaquio Martínez, conocido por Martínez el del Pedregoso, á causa de llamarse de este modo la finca de campo que posee.

Y sin embargo, ese caballero cristiano, ese prototipo de bondad, ese hombre recto, juicioso y equilibrado dejó seco de un tiro á un hombre sin que hubieran mediado riña ni contienda.

Por el setenta y cinco vivía don Eusta-

CAROLINA ALFONSO

quió en el pueblo de Navamora, donde ejercía todos los cargos posibles: era presidente del Ayuntamiento, juez del registro civil, presidente de la junta de vigilancia de instrucción primaria, hermano mayor de la cofradía del Santísimo, administrador de correos, administrador del timbre, recaudador de impuestos, etc., etc., etc.

Su tienda, llamada "El Bosque," era el mentidero titulado, el lugar de reunión que todos frecuentaban, el sitio donde más suave y moderadamente se murmuraba del prójimo, pues había otros puntos á donde concurrían gentes más desalmadas y en que se hacían vivisecciones con un tal primor que habrían admirado al fisiologista más ducho. Por eso mientras las niñas en estado de merecer y hasta los hombres barbados evitaban pasar por la "Sociedad amistosa" ó por el "Casino del Progreso," no tenían reparo alguno en transitar por frente á "El Bosque" ni en entrar á comprar cualquiera de las muchas baratijas que allí se vendían, á riesgo de oír alguna broma cariñosa del señor Cura ó de escuchar algún piropo rancio, parto del inge-

quió de alguno de los cuatro vejetes á quienes llamaban los cuatro evangelistas ó los cuatro fundadores del lugar, porque en efecto, llevaban los apellidos de cuatro de los extremeños, que allá al mediar el siglo XVI fundaron Navamora para defender la tierra de los bandoleros y proporcionar albergue á los caminantes.

Yo me atrevo á pensar, que aunque hubiera habido en "El Bosque" alguna cuadrilla de despellejadores como en el "Progreso" ó la "Sociedad," no por eso habría dejado de frecuentarse por la aristocracia de la población (pues hay allí aristocracia, y tan linajuda como las de Madrid ó Viena; al menos así lo dice el diario de la capital que en paquetes de ocho y diez ejemplares recibe cada dos semanas el juez de primera instancia). Para imaginar otra cosa, sería menester avanzarse hasta pensar que toda la gente del pueblo podía abstenerse de comer cosas ricas, de usar telas finas, de ponerse sombreros á la moda y hasta de curarse, beber vino ó fumar, pues la tienda de don Eustaquio era cifra y compendio de cuantas artes é industrias son conocidas.

MARIA ALFONSO

Había allí todos los comestibles, desde el *foie gras* hasta los plebeyos frijoles, como decimos aquí, ó frijoles, fréjoles ó frísoles como enseña la Academia que debe decirse; desde la Holanda con que se adornan las princesas, hasta la *manta* con que se cubren las aldeanas; desde los zapa^{ti}tos que gastan las hermosas, hasta los *huarachas* que calzan los peones, amén de hilo, agujas, cintas, especias surtidas, medicinas contra el dolor de estómago, las acedías, los flatos, las picaduras de alacrán y las fiebres intermitentes; de loza, cristal y porcelana; de imágenes de santos contra la peste y los rayos ó para el hallazgo de cosas perdidas, y de pan procedente de la panadería, de velas de la velería y de chocolate de la chocolatería, que don Eustaquio había establecido con el concurso de su mujer, sus hijas, sus cuñadas y una legión de criados y adictos que se manejaban como unos girifaltes por la habilidad y como unos Fabricios por la honradez.

De sobra está decir que don Eustaquio, dueño de tantos y tan productivos negocios, y funcionario tan atareado, no se da

ba punto de reposo, y que cuando no tenía que acudir al Ayuntamiento á fenecer una cuestión acerca de un camino vecinal, ocurría á una reunión de fabricantes de alcohol, ó una asamblea de cofrades, ó á adquirir una partida de panocha, ó á arreglar una peliaguda cuestión de pases, guías y tornaguías.

Pero cuando el pobre capitalista echaba el resto y quería coger el cielo con las manos, era cuando recibía los encargos que anualmente hacía á México, para fin de lograr que los y las navamorense estuvieran á la última y más rigurosa moda.

Llegar "carga de México" al "Bosque" equivalía al acabóse, al sálvese quien pueda, pues no había perro ni gato de los que formaban "la parte más culta é ilustrada de nuestra aristocrática sociedad," como decía el corresponsal jurado de "El eco del comercio," que no ocurriera á comprar y llevar consigo, ó por lo menos á admirar las preciosidades de la tienda de don Eustaquio.

Una de las noches cercanas á la época de las fiestas anuales del pueblo, "El Bos-

que" rebosaba de gente que manejaba, veía, preguntaba, pedía y regateaba acerca del precio y condiciones de todas las cosas que se encontraban á la mano, sin que pudieran atenderla don Eustaquio, su mujer, los dos zagalones que les ayudaban al despacho de mercancías y las hijas y los hijos del comerciante que en aquella ocasión habían venido expresamente desde la hacienda.

Aprovechándose de la confusión, un charro de calzónera plateada y puro en boca, cogió un brinquillo de insignificante valor y con él en la mano se abrió campo entre la gente á fin de escaparse. Antonio, el hijo menor de don Eustaquio, con coraje y bríos mayores de los que hacían presumir sus pocos años, se precipitó contra el pillo, lo desposeyó de la alhaja y sacudiéndole por la chaqueta le arrió media docena de bofetadas que el golpeado recibió casi sin meter las manos, aunque sí, al retirarse, lanzó una andanada de injurias.

—¿Pero qué haces, muchacho? preguntó lívido el padre, poniéndose entre el chico que se preparaba á lanzar nuevas bo-

fetadas, y el guapo que se retiraba hecho una alheña.

—Si es el famoso Pedro González, de La Venta, el jefe de los *cuerudos* que asaltaron la diligencia el mes pasado, dijo un vecino.

—Si *debe más muertes* que ningún bandido, exclamó otro.

—Si está exhortado por más de diez juzgados, repuso un tercero.

—Si era el brazo derecho de Simón Gutiérrez y de Rojas, manifestó el señor cura.

En aquella excelente familia penetró el pánico más espantoso, tanto mayor cuanto que Toño, el golpeador, dió en traer consigo un revólver pequeñito, eso sí; pero que dizque debía servir para defenderse del facineroso.

Entre tanto llegaron las fiestas. Una noche el pueblo era una verdadera Babel: aquí se tañía la guitarra, mientras una voz aguardentosa cantaba *valonas ó justicias* y un improvisador agotaba los consonantes; allá se jugaban el *carcamán* (que por supuesto no es ningún navío maltrecho, como dice la Academia, sino un juego de dados)

BIBLIOTECA ALFONSO

los albures, la palanca, la ruleta ó la lotería de cartones; acullá se vendían frituras de cosas del país, aliada su confección á la rancia y sabrosa cocina española, y en todas partes se bebía, se gritaba, se reía ó se bailaba, como si toda aquella gente hubiera perdido el juicio.

La familia de Martínez estaba en la *partida*, donde la señora y los chicos tenían concertada una vaca que debía jugar el jefe de los gendarmes, peritísimo en *todos menos, tecolote, vieja, moza, camonina* y demás terminachos que han inventado los jugadores para dejarse unos á otros sin cara en que persignarse.

Don Eustaquio iba con dirección á su casa para dejar en ella el cachorrillo con que Antonio se había armado caballero, pues lo había sorprendido en plena plaza luciendo aquel chisme peligroso, cuando al dar vuelta á una esquina y empezar la calle de la espalda de la Parroquia, que estaba sola y escueta como ensenada pacífica á donde no llegaban las olas de aquel mar agitado, columbró un grupo de cuatro ó cinco ebrios que discutían con sumo ca-

lor. A pesar de que el bueno de Martínez iba envuelto en su capa, los malvados aquellos lo reconocieron y uno, el más insolente y que era nada menos que el terrible González, se le encaró llamándole viejo esto y lo otro.

Don Eustaquio se echó á temblar como un azogado, quiso retroceder, dar explicaciones, parlamentar, pero todo inútil; la lengua le quedó hecha un ovillo y la mente convertida en un inmenso desierto en que sólo descollaba á manera de planta gigantesca y fenomenal, una idea: "este pícaro me mata; me mata este pícaro."

Y como si hubiera sido la acción del rufián el reflejo del pensamiento de Martínez, González sacó un enorme y truculento cuchillo, capaz de segar la cabeza del mismo Alifanfarrón, gritando á voz en cuello: "Ahora se va á ver á Dios, para que aprenda á burlarse de los hombres."

Don Eustaquio no vió nada, no pensó en nada, no se acordó de su mujer ni de sus hijos ni de sus bienes: recordó solamente á su persona á su vida á esta envoltura material que tanto amamos y que

BIBLIOTECA ALFONSO

tanto deseamos conservar ilesa, y empuñando el arma, que todavía llevaba en la mano, tiró del llamador y oyó un ruido que equivalía al tronar de diez cañones, al repicar de cien campanas, al detonar de todos los rayos que pueden disparar las nubes en mil años. Al mismo tiempo vió que el agresor vacilaba, que extendía los brazos, que caía al suelo y sintió grande, inmoderado regocijo; pero al oler la paño-sa, quemada por el paso de la bala, al ver á los fanfarrones que huían, rompió también en carrera abierta, paró hasta la casa de juego en que su familia se solazaba, y entregando la pistola al capitán de rurales, díjole con tono y acción de quien ha perdido el juicio:

Herí ó maté á un hombre; vea que hace conmigo.

Muerto y bien muerto estaba el bravucón: el proyectil se le había introducido en la cabeza, rajándosele como si fuera de mazapán.

Don Eustaquio fué sujeto á proceso; pero los tribunales unánimemente declararon que había habido en su caso la alarma y

temor fundados de un mal inminente y grave en su persona que define el Código, y quedó libre y sin costas, aunque apesarado y triste como era razón en quien no había matado una mosca en su vida.

Villa de Zapopan, 10 de agosto de 1900.